

Actualidad de Albert Camus: *La Peste*

Pedro Frontera Izquierdo

Profesor jubilado de Pediatría de la Universidad de Valencia.

E-mail: frontera.pvi@gmail.com

Recibido: 17 de mayo de 2021

Aceptado: 4 de junio de 2021

RESUMEN: Con ocasión del gran incremento de ventas de *La peste* de Albert Camus, se describe el impacto de la filosofía del absurdo en la segunda mitad del siglo xx. Como respuesta a una situación de epidemia, el pensamiento y la actuación de los personajes de ficción de la novela plantean temas de plena vigencia como el egoísmo, la solidaridad, el sacrificio, la presencia o ausencia de Dios, el humanismo terreno, el humanismo cristiano e incluso la santidad. Los personajes de Tarrou, el padre Paneloux y el doctor Rieux son tan actuales que hacen de Camus nuestro contemporáneo.

PALABRAS CLAVE: Albert Camus; La peste; filosofía del absurdo; ateísmo; humanismo cristiano; santidad.

Albert Camus: *The Plague*

ABSTRACT: On the occasion of the great increase in sales of *The Plague*, a novel by Albert Camus, the impact of the philosophy of the absurd in the second half of the twentieth century is described. In response to an epidemic situation, the thoughts and actions of the novel's fictional characters raise such topical issues as selfishness, solidarity, sacrifice, the presence or absence of God, earthly humanism, Christian humanism, and even sanctity. The characters of Tarrou, Fr. Paneloux and Doctor Rieux are so current that they make Camus our contemporary.

KEYWORDS: Albert Camus; The Plague; philosophy of the absurd; atheism; Christian humanism; holiness.

1. Un clásico moderno

Las epidemias, plagas o pestes son fenómenos sociales traumáticos, amenazantes o incluso catastróficos, con una gran alteración vital para los que las sufren. La terrible cotidianidad de la actual pandemia de coronavirus, con su cosecha de dolor y muerte, remite a las parábolas de otras desolaciones epidémicas, de otros episodios similares que sirvieron para que escritores de ficción reflejaran el pensamiento y las inquietudes de sus contemporáneos.

Ha sido noticia en los medios de comunicación el gran incremento en las ventas de *La peste* de Albert Camus (1913-1960) desde el comienzo de la pandemia por coronavirus. Este incremento se inició en Francia, donde ya en enero de 2020 se vendieron 4.000 libros y continuó en otros países europeos. Alemania cuantificó en 150.000 los ejemplares vendidos en el año 2020, y en España está en los primeros lugares del ranking de ventas de Amazon. ¿Cómo se explica este interés?

De alguna manera reproduce el impacto de esta obra¹, publicada en 1947, y en general de la filosofía del absurdo en la sociedad de

su tiempo y que le valió a su autor el premio Nobel de Literatura de 1957 con solo 44 años. No es casualidad que el teólogo belga Charles Moeller comenzara su magna serie “Literatura del siglo xx y cristianismo”, encabezando con Camus su primer tomo, que tituló significativamente “El silencio de Dios” y a su primer capítulo “Albert Camus o la honradez desesperada”². No solo eso: el libro de Moeller se publicó en Francia en 1953, solo 6 años después de la aparición de *La peste*, y rápidamente alcanzó siete ediciones. Pero es que, a pesar del relativo aislamiento de España en aquel momento, la traducción al castellano que editó Gredos es muy temprana, de 1955, y en 1964 ya iba por la quinta edición. El propio Moeller prologó el libro del escolapio Octavio Fullat, de 1963, que daba las claves de lo que llamó “la moral atea”³. Para Fullat, Camus se aparta del fenómeno religioso histórico, pero tiene un intenso sentimiento de lo sagrado, que lo conecta con el *Mysterion* helenístico. Su personaje más importante, el médico Rieux, busca el Misterio, aunque él mismo no se da cuenta.

² CH. MOELLER, *Literatura del siglo xx y cristianismo*. Tomo I, *El silencio de Dios*. 5.ª ed., Gredos, Madrid 1964.

³ O. FULLAT, *La moral atea de Albert Camus*, Pubul, Barcelona 1963.

¹ A. CAMUS, *La peste*, Gallimard, París 1947.

Para explicar el impacto actual de esta novela se ha argüido el atractivo del relato de una situación epidémica similar a la del coronavirus, pero también que el libro plantea problemas importantes que vivieron estos personajes de ficción como respuesta personal a esta catástrofe repentina, como la elección entre solidaridad y egoísmo, el sacrificio por los demás, la presencia o la ausencia de Dios, el humanismo ateo versus humanismo cristiano e incluso la santidad.

2. Epidemias en la literatura

La literatura de creación no tiene la precisión histórica basada en fuentes documentales, sino que indaga en las experiencias individuales y colectivas, en las dinámicas personales y sociales respecto a los acontecimientos que vive su generación. El *Decamerón* de Boccaccio es de 1353 y relata la peste negra de Florencia de 1348. Daniel Defoe en 1722 noveló la epidemia de peste de Londres de 1665. En las dos, además de las historias que cuentan, aparecen detalles significativos de las actitudes de los protagonistas frente al drama humano que están viviendo. En el *Decamerón*, Pampinea, una de las jóvenes damas que ha huido para aislarse en el campo, justifica la evasión de la ciudad apesadada porque no pueden hacer nada

para revertir la situación de caos total y ellos defienden su propia vida. En la justificación para sus lectores descarta la posibilidad de autosacrificio y pesa la auto conservación individual⁴.

Una novela histórica menos conocida, *I Promessi Sposi*, de Alessandro Manzoni, de 1827, (traducida al castellano como *Los novios*), describe en sus capítulos finales la peste que sufrió Milán en 1630 y la actitud heroica de los frailes capuchinos dirigidos por el padre Felice Casati, que con el cuidado de los enfermos “cogió al principio la peste, sanó de ella y volvió con renovado ahínco a sus cuidados de antes. Sus hermanos dejaron allí en su mayoría la vida, y todos con gozo”, “sin otro fin que el de servir, sin otra esperanza en este mundo que una muerte mucho más envidiable que envidiada”. “Y por eso la obra y el corazón de aquellos frailes merecen que se guarde memoria, con admiración, con ternura, con esa especie de gratitud

⁴ L. MONTIEL LLORENTE, “Dos actitudes ante la reclusión en tiempos de epidemia bajo el microscopio emocional de la literatura”, en SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LA MEDICINA, *Cuarenta historias para una cuarentena*, Madrid 2020, 240-243; L. MONTIEL LLORENTE, “La enfermedad como símbolo: la peste en la obra de Albert Camus” en J. L. PESET REIG, *Enfermedad y castigo*, CSIC, Madrid 1984, 171-176.

que se debe, solidariamente, a los grandes servicios prestados por unos hombres a otros hombres, y más se debe a quienes no se la proponen como recompensa”.

La actitud de los frailes capuchinos está motivada por la esperanza religiosa o teologal, que trasciende la esperanza histórica, la humana. La esperanza cristiana la resume San Pablo cuando se dirige a los Tesalonicenses: “No queremos, hermanos, que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza. Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomará consigo a los que durmieron en Él” (1 Tes. 4, 13-14).

La vivencia de la enfermedad y de la muerte desde la virtud trascendente de la esperanza es la que lleva al reino de Dios. Pero como nos enseñó Pedro Laín Entralgo⁵, el hombre que abandona la fe en lo trascendente no se autolimita a la simple espera. La espera humana aspira a una esperanza material, histórica, aunque esté desligada de la teologal. La esperanza secular moderna, sobre todo a partir de los grandes avances de la medicina en el siglo XIX, alimentó

la utopía de prolongar indefinidamente la vida. Así, tras los éxitos de la microbiología y la lucha contra las enfermedades infecciosas iniciada por Pasteur y Koch, se pensó que el exterminio de los microbios que atacaban a la humanidad produciría una inmunidad, una protección salvadora. La racionalidad tecno-científica creó el humanismo exclusivo. Fue el mito del “progreso indefinido”. Pero la decepción, bien fuera biológica a través de nuevas epidemias como una verdadera venganza de la naturaleza, o a través del mal con las guerras, pronto llamó a la puerta. Y lo hizo de manera terrible durante la primera mitad del siglo XX.

3. El caldo de cultivo

Además de otras guerras y epidemias, como la de viruela de alrededor de 1900, el siglo XX se inició con la gran pandemia de gripe de 1918-1919 que se cobró alrededor de 30 millones de muertos. La primera guerra mundial, entre 1914 y 1918, movilizó 60 millones de hombres, de los que murieron 9 millones, además de medio millón de civiles, sin contar las secuelas de mutilados o inválidos. Pero durante la segunda guerra mundial, de 1939 a 1945, perecieron 26 millones de militares y 25 millones de civiles. Se añadieron otros conflictos como la Guerra Civil Es-

⁵ P. LAÍN ENTRALGO, “La espera y la esperanza”, *Revista de Occidente*, Madrid 1957.

pañola o la de Independencia de Argelia. A todo esto, hay que sumar las barbaries del nazismo, del totalitarismo soviético, las purgas raciales, las migraciones obligadas, el hambre y la lacra moral de la sumisión al vencedor⁶.

Ese fue el caldo de cultivo en que crecieron los nacidos en las primeras décadas del siglo, como Albert Camus que es de 1913. No es extraño que escribiera “las peores epidemias no son biológicas sino morales” y que *La peste* sea también una parábola sobre otra peste, la parda del nazismo que ocupó Francia, además de una reflexión sobre el mal y el absurdo. Su propia biografía es significativa. Quedó huérfano al año de edad ya que su padre, un alsaciano convertido en *pied-noir* argelino, murió en 1914 como consecuencia de las heridas en combate durante la primera guerra mundial. *La peste* describe la epidemia de Orán de 1849 como marco para relatar la actitud de sus personajes de ficción ante la catástrofe imprevista, sus luchas y contradicciones y plasmar de manera didáctica su concepto de lo absurdo de la existencia humana. Así lo define Jean Daniel: “un concepto simple e inédito, el absurdo, resume la insoportable concomi-

tancia de la búsqueda de la felicidad y la certeza de la muerte”⁷. Pero claro, todo ello sin la presencia de Dios o con “el silencio de Dios” como lo calificó Charles Moeller.

4. La ausencia de Dios

Así pues, pregunta Camus, ¿cómo hallar sentido a la existencia cuando no se cree en Dios?, ¿cómo afrontar el sin sentido, la irracionalidad de la vida? Pero en las situaciones de crisis, además de surgir el lado negativo de la sociedad, el egoísmo, la falta de solidaridad, e incluso la opresión de la peste de los totalitarismos, aparece lo mejor de las personas que sacrifican su bienestar para cuidar a otros. Camus crea los personajes de Rambert, Tarrou, Paneloux y sobre todo Rieux que, aunque cada uno con un perfil diferente, luchan solidariamente contra la opresión de la epidemia, aunque temen “una interminable derrota”.

Tarrou le pregunta a Rieux: “¿por qué muestra usted tanta abnegación si no cree en Dios?”. Y el médico Rieux “lucha contra la creación tal como está hecha porque no puede acostumbrarse a la

⁶ E. HERNÁNDEZ SANDOICA – J. L. PESET, “La sufrida retaguardia”, *Historia 16. Siglo XX* 17 (1983), 53-62.

⁷ J. DANIEL, “Camus, nuestro contemporáneo”, *El País* (7 de diciembre de 2007).

visión continua de la muerte”, “ya que el orden del mundo está regido por la muerte, acaso es mejor para Dios que no crea uno en él y se luche contra la muerte sin elevar los ojos al cielo donde Él permanece mudo”. Rieux está en la oscuridad, pero cree ver algo, aunque el reconocer la ausencia de sentido supremo, el absurdo que representa la peste, valora la existencia humana por sí misma. Lo resumió Jean Daniel: “La aceptación de que el hombre debe acometer el oficio de hombre sin la certeza del éxito ni promesas de salvación”.

Este humanismo ateo o filosofía del absurdo difiere del existencialismo que se remonta a Kierkegaard y Schopenhauer y que desarrolló Sartre. Porque Camus se aleja del existencialismo desesperado y nihilista de Sartre con un humanismo más optimista, aunque siempre fuera de la esperanza cristiana. Para él, esperar en un valor espiritual es huir de lo real. La esperanza equivale a la resignación y vivir no es resignarse. Es una generación que vive fuera de la gracia, para la que la única realidad es la terrestre: “no hay dicha sobrehumana ni eternidad fuera de la curva de los días”. Por eso “hay que intentar vivir” dice Paul Valéry en el último verso de su *Cimentier marin*. Y con cierto epicureísmo dice Camus “No hace falta que la vida tenga sentido

para ser vivida. Al contrario, será tanto mejor vivirla cuanto menos sentido tenga”, “no diré más que mi amor a la vida”. En uno de sus primeros libros, *Noches*, expresa su hedonismo, una embriaguez de los sentidos, las nupcias entre el hombre y el sol mediterráneo, el universo que es la realidad segura. La alegría de vivir, el amor, recompensa al hombre. Pero en la mística de la dicha sensible, esa verdad “es la del sol y será también la de mi muerte”.

5. El humanismo ateo

El sinsentido de la vida lo expresa Camus en el castigo absurdo de Sísifo, su eterna condena a empujar la roca hacia arriba, aunque la alegría de vivir y la esperanza del amor recompensa al hombre: “un mundo sin amor es un mundo muerto”, “aunque humillada, la carne es mi única certidumbre” y “hay que imaginar a Sísifo feliz”.

La trayectoria intelectual de Camus comienza relatando el impacto de los infortunios morales que la reciente segunda guerra mundial traspasó a la vida cotidiana con el comportamiento totalmente incoherente y absurdo de Mersault, el protagonista de *El extranjero*, que llega hasta el asesinato. Continuó con *Calígula* y *El mito de Sísifo* como el manifiesto

existencial de una generación que nació y creció en un continente devastado y que salió de la pesadilla nazi para caer en el pozo estalinista.

Y la respuesta es la rebelión ante este absurdo vital con *La peste* y *El hombre rebelde*. Desde Feuerbach el humanismo antropológico niega la teología y Camus propone la rebelión, la libertad y la pasión de vivir, ya que la voluntad de seguir viviendo es un acto de rebeldía contra la muerte injusta, la dignificación humana ante el absurdo. Esta mística de la dicha humana debería de continuar con la solidaridad con el sufrimiento de los demás y el amor, como sugiere *El primer hombre*, pero su temprana muerte a los 46 años le impidió completar el recorrido, que quizás culminaría con una solución trascendente, ya que muchos de sus personajes como Rieux tienen nostalgia de inmortalidad y Tarrou ansias de santidad. El propio Camus se acercó al cristianismo en sus últimos años de vida.

La solidaridad llevada hasta el sacrificio de la propia dicha en beneficio de otros la encarna en *La peste* el periodista Rambert, que está de paso en la ciudad e inicialmente afirma que lo que pasa allí no es asunto suyo, para después rectificar y unirse a la lucha. Camus, en Rieux y en su madre, rechaza el

término cristiano de caridad para hablar de ternura, de honradez y de bondad de los que luchan contra el mal. También sustituye salvación por salud. Porque las guerras, las enfermedades, el sufrimiento de los inocentes, vuelven a comenzar siempre en un ciclo de pesadilla. Contra el dolor continuado, Camus da un curso de cómo vivir sin la gracia divina, que sustituye por el polinomio honradez-ternura-salud-dicha.

6. La santidad

Camus también especula o se inventa el santo ateo. Tarrou quiere llegar a santo sin creer en Dios. Le dice a Rieux:

—Lo que me interesa es saber cómo se hace uno santo.

—Pero usted no cree en Dios —le responde Rieux.

—Justamente, ¿puede uno ser santo sin Dios?

Este santo desesperado como se ha llamado a Tarrou, pierde la vida luchando contra la epidemia. Jacques Maritain distinguió varios tipos de ateos, y afirma que los ateos absolutos, los que eliminan cualquier atisbo de trascendencia, privan a Dios y a la humanidad de muchos santos en potencia ya que, con toda su sinceridad y devoción

en lograr una heroica libertad, sus fracasos los convierten en santos fallidos⁸.

El papa Francisco, en su *Gaudete et exultate* habla de la santidad en la Iglesia y la santidad en la vida ordinaria, de los santos de la puerta de al lado, una santidad abierta que nos hace más vivos, más humanos para alcanzar la plenitud y la felicidad⁹. Francisco cita a León Bloy “en la vida existe una sola tristeza, la de no ser santos”. La felicidad y la bienaventuranza pasan a ser sinónimos de santidad porque el Señor nos eligió para que fuéramos santos e irrepugnables ante Él por el amor, “amar con el amor incondicional del Señor, porque el Resucitado comparte su vida poderosa con nuestras frágiles vidas”. En sus primeras líneas de un escrito de 1985, el ahora papa Francisco y entonces Jorge Mario Bergoglio cita a Juan Pablo II en un discurso en Lovaina: “la fe es fuente de cultura y la cultura es la expansión de la fe” y “la fe tiende por naturaleza a hacer crecer nuestra vida humana...es una forma eminente de humanismo”¹⁰. La

apertura a la trascendencia supera en Cristo lo meramente humano¹¹.

7. Paneloux y Rieux

Los diálogos entre estos dos personajes son la esencia de la novela. El narrador, el propio Rieux, comienza retratando bien al padre Paneloux: “un jesuita sabio y militante con quien había conversado algunas veces y que era muy querido en la ciudad, incluso para los indiferentes en materia de religión”. Al comienzo de la epidemia, en el primer sermón del padre Paneloux en la misa a la que asisten Rieux y Tarrou, el sacerdote presenta a la peste como un castigo de Dios: al decepcionar la misericordia de Dios ha apartado su mirada sobre nosotros. El origen divino de la peste hace inútil cualquier esfuerzo contra ella e invita a los fieles a reflexionar y volverse nuevamente a Dios. Es una homilía de Antiguo Testamento, en que no pronuncia el nombre de Cristo. Sin embargo, dice Paneloux: “a nuestros espíritus más clarividentes les ayuda a valorar ese resplandor excelso de eternidad que existe en el fondo de todo sufrimiento... denota la

⁸ J. MARITAIN, *La significación del ateísmo contemporáneo*, Encuentro, Madrid 2012.

⁹ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*. Sobre el llamado a la santidad en el mundo actual, Roma 2018.

¹⁰ J. M. BERGOGLIO, S.J., “Fe en Cristo y humanismo”, *Razón y Fe* 273 (2016), 21-26.

¹¹ F. ORTEGA, “Reflexiones acerca del humanismo cristiano”, *Revista Teología* 131 (2020), 37-57; I. J. NAVARRO, “La santidad sin Dios. La peste de Albert Camus”, *Revista Teología* 131 (2020), 67-78.

voluntad divina que sin descanso transforma el mal en bien... he aquí hermanos míos el infinito consuelo que quería traeros para que no sean solo palabras de castigo las que saquéis de aquí, sino también un verbo que os apacigüe". Y añade el narrador, "nunca como ese día el padre Paneloux había sentido la ayuda divina y la esperanza cristiana que alcanzaba a todos. Aguardaba, en contra de toda apariencia, que, a pesar del horror de aquellos días y de los gritos de los moribundos, nuestros ciudadanos elevasen al cielo la única palabra cristiana, la palabra del amor. Dios haría el resto".

Tarrou le pregunta a Rieux si cree, como Paneloux, que la peste posee alguna acción benéfica de concienciación, ¡que abre los ojos!, ¡que hace pensar! Y Rieux le responde: "que como todas las enfermedades, como todos los males del mundo". Tarrou pregunta a Rieux:

—¿Cree usted en Dios, doctor?

—No, pero, eso, ¿qué importa? Yo vivo en la noche e intento ver claro.

8. La muerte del niño

El momento más dramático de la novela es la muerte del niño, el hijo del juez. Ante los gritos de agonía del pequeño, el padre Pa-

neloux "miró esa boca infantil ultrajada por la enfermedad y llena de aquel grito de todas las edades. Se dejó caer de rodillas y a todo el mundo le pareció natural oírle decir con voz ahogada pero clara a través del lamento anónimo que no cesaba: Dios mío, salva a esta criatura". Cuando el niño acaba de morir un furioso Rieux le dice con reproche a Paneloux: "¡Ah!, este, por lo menos, era inocente, ¡bien lo sabe usted!" y "estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados". Y Paneloux le responde con desasosiego, "¡Ah!, doctor—dijo con tristeza— acabo de comprender eso que se llama la gracia".

El segundo sermón de Paneloux que relata el libro es todavía más polémico, ya que el sacerdote "Hubiera podido decir que la eternidad de delicias que esperaba al niño le compensaría de su sufrimiento, pero, ciertamente, no sabía nada. ¿Quién podría admitir que una eternidad de dicha puede compensar un instante de dolor humano? No será en verdad un cristiano cuyo Maestro ha conocido el sufrimiento en sus miembros y en su alma". El propio Rieux dice que cree que Paneloux "está bordeando la herejía", y eso piensa también Moeller que afirma que el retrato que hace Camus del padre Paneloux es el más ficticio del

libro, una caricatura del cristiano. Moeller llega a decir que el fatalismo activo del sacerdote es una herética versión de la esperanza. Porque presentando a Dios como el oscuro y silencioso espectador distante del dolor humano que él mismo causa, la consecuencia puede ser el alejarse de ese Dios. El dilema frío y simplista de que Dios todopoderoso se ocupe o no de curar a los hombres distorsiona al cristianismo.

9. El humanismo cristiano

Desde Nietzsche y Feuerbach el humanismo niega la trascendencia, pasa a representar la ruptura entre Dios y el hombre. La modernidad positivista es un antiteísmo y el humanismo terreno se vale de sus propias fuerzas, mientras que “el humanismo cristiano, en cuanto experiencia, consiste en el tránsito por obra de la fe y del Espíritu que nos une a Jesucristo”¹² y en palabras de Moeller “el humanismo superior que florece y rompe, por superabundancia, como un fruto de la santidad y de la unión con Dios”¹³.

¹² J. A. GARCÍA CUADRADO – B. BATALLAS VEGA, “Cristianismo y literatura. La idea de humanismo en Charles Moeller”, *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 8/10 (2019).

¹³ MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, 169.

Pero la figura de Rieux es más compleja y ha ocasionado distintos puntos de vista teológicos sobre la presencia o la búsqueda de Dios en el personaje. Como resumen de la discusión, aunque no es posible el oxímoron de la “santidad sin Dios”, se puede decir que Rieux rechaza a Dios solo en el plano de una representación de Él, tal vez inadecuada como la que propone el sacerdote en su homilía o en sus apreciaciones junto al niño moribundo. Pero a la vez está afirmando a Dios implícitamente con su actuación, con el ideal que guía y compromete lo profundo de la vida. Así, Dios se puede reconocer, está presente de manera ignorada por el propio Rieux, que reclamaba una respuesta distinta de los alimentos terrestres y de la justicia humana. Su “vivo en la noche y me esfuerzo en ver claro” indica su necesidad de Dios. Pero el papa Francisco aclara: “Cada santo es una misión, Esa misión tiene su sentido pleno en Cristo y solo se entiende desde Él”¹⁴. ■

¹⁴ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exultate*, nn. 19-20.